

GACETA DEL ÁNGEL Picadillo semanal

GERMÁN DEHESA



VISITAS GUIADAS: "Miré los muros de la Patria mía..." Así comienza Quevedo su tristísimo soneto que da cuenta poética de la ruina que ya era España en el siglo XVII. Yo no he hecho tan triste recorrido, pero no me hace falta. Bien sé de la ruina mexicana y bien sé de la ingenuidad de aquellos que creen que esta epidemia de chisguete que ahora cursamos vino a frenar la vigorosa marcha del pueblo mexicano en pos de la justicia y de mejores condiciones para vivir. No hay tal. La epidemia de que nos frenó, nos frenó, pero ni veníamos muy rápido, ni sabíamos muy bien hacia dónde nos estábamos dirigiendo. Y ahora del cielo nos han caído estos días de asueto que los mexicanos, lejos de aprovecharlos para poner orden en su vida tal como se los solicitó el Presidente Calderón, los han empleado para instalarse en la inacción y en la flojera cósmica. Hoy lunes 4 de mayo, aquí en la Ciudad de México, no ocurre nada. Por las calles de la Ciudad de México, cuna de la epidemia, avanzan dos o tres automóviles extraviados y por las aceras, normalmente tan llenas de vida, pasa un niño con su nana, unas viejitas que van al parque y un señor que anda perdido. Yo digo que sería un trancazo turístico convertir a toda la ciudad en un museo y en una muestra en vivo de la vida entre los aztecas en los comienzos del siglo XXI. Estamos tan echadotes y tan entregados al ocio, que no nos importa-

ría que un gordito alemán nos sacara fotos y que una nube de japoneses figoneara por todas partes. Y que conste que no es por la influenza, sino por la puritita flojera (mexicanos al grito de hueva). Y así las cosas, me asomo a las revistas tiranetas que padecemos en México y me encuentro con los encabezados que fingen asombro y preocupación ("¡la peste puso a Calderón al descubierto!") y unos artículos que muestran a la peste como el resultado final de un largo proceso de deterioro que incluye al incendio del Parián y a los muertos de Huitzilac. Algo tienen que vender las revistas y de tiempo en tiempo tienen que publicar estos manuales para apantallar mentos, pero la verdad es que no nos revelan nada nuevo. Que estamos mal gobernados ya lo sabíamos y lo hemos permitido; que tenemos problemas inmensos no lo descubrimos con la influenza, ya lo sabíamos y por siglos lo hemos permitido. Si esto es así, no sé qué demonios es lo que puso al descubierto la epidemia.

Mi deseo, mis ganas de sacudirme la pereza y la firme voluntad de no hacer nada. Cada quien juega su partido a puerta cerrada. A todos nos hace falta ese abrazo solidario que nos ayude a festejar nuestros goles y/o nos conforte a la hora en que nos caiga la desgracia y seamos descubiertos en plena y caritativa faena de proporcionarle un moco a un chileno necesitado.

Lo que he dicho de los abrazos me parece una verdad enorme; es más, creo que son los abrazos los que constituyen los muros de la Patria mía. Ojalá y en lo que digan hoy

las autoridades escuchemos un atisbo de lo que es ya la urgente recuperación de México como territorio de los abrazos.

Naranja dulce, limón partido (percibe ¡oh, lector ilustre! este sintético y cítrico homenaje a las tierras veracruzanas) dame un abrazo que yo te pido. Y normalmente con eso tenemos; con un buen abrazo. A veces, con alguna gacela me habrá sucedido, el abrazo es apenas el ofertorio de un ceremonial mucho más complicado. Es como la plantación de un árbol que, a fuerza de más abrazos, crecerá tanto que sus ramas altas llegarán a las nubes para que ahí, entre el cielo y la tierra, el amor se consume.

Como dice Sabines en alguno de sus poemas: levantémonos a vivir. No los quiero presionar, pero ya va siendo hora de regresar a la realidad.

¿QUÉ TAL DURMIÓ? MDXLIII (1543)

¡Ahí viene el PRI!. Semejante retorno es una nakada.

Cualquier correspondencia con esta columna semipostrada, favor de dirigirla a dehesagerman@gmail.com (D.R.)

